



Un hombre con atributos



DAVID LODGE

*Traducción del inglés a cargo de
Mariano Peyrou*



IMPEDIMENTA



Atributos SUSTANTIVO PLURAL I. Habilidades o talentos: *un hombre con muchos atributos*. 2. Genitales.

Collins English Dictionary

Se imaginaba que en algún lugar lo esperaba una comprensión absoluta, una serie perfecta de reacciones que recorrerían toda la gama de sus sentimientos y sensaciones, desde los más poéticos hasta los exclusivamente físicos, una relación tan bella y transfiguradora que no solo ella —no hacía falta decir que todo esto se encarnaba en una mujer— sería completamente hermosa bajo su luz, sino que también él sería completamente hermoso y se sentiría tranquilo, lo que resulta aún más increíble... Con ella no tendrían lugar los remordimientos, los fallos de la memoria, las limitaciones; solo habría felicidad, solo harían las cosas más felices... La mitad de toda la gente imaginativa que hay en el mundo se deja llevar por esta clase de creencias con la misma facilidad con que los patitos se lanzan al agua. No dudan de su veracidad más de lo que un camello sediento duda de que llegará a un manantial de un momento a otro.

Esta convicción es tan tonta como la de un camello que esperara beber alguna vez de un manantial que saciara su sed para siempre.

H. G. WELLS, *El señor Britling lo entiende muy bien*

Una mente joven es como un campo verde, está llena de posibilidades, pero una mente vieja se parece cada vez más a un cementerio atestado de recuerdos.

H. G. WELLS, Diarios, 28 de abril de 1942

Casi todo lo que sucede en esta narración está basado en información obtenida de fuentes fidedignas; *basado* en un sentido amplio, es decir, que es *deducible* de lo que afirman dichas fuentes y *coherente* con ello. Todos los personajes son retratos de personas reales, y las relaciones que estas mantuvieron fueron como se relata en estas páginas. Las citas de sus libros y otras publicaciones, sus discursos y (con muy escasas excepciones) sus cartas reproducen sus palabras. Pero, como novelista, me he tomado ciertas licencias a la hora de representar lo que pensaban, lo que sentían y lo que se decían, y he imaginado muchos detalles circunstanciales que la historia no ha registrado.

D.L.

PRIMERA PARTE

I

En la primavera de 1944, Hanover Terrace, una bonita hilera de casas adosadas de Nash situada en el costado oeste de Regent's Park, muestra claramente los efectos de la guerra. Su fachada de estuco color crema, que no se pinta desde 1939, está toda manchada, llena de grietas y descascarillada; muchas ventanas, destrozadas por las bombas o por las ondas sísmicas provocadas por los cañones antiaéreos de Primrose Hill, se encuentran selladas con tablones; al final de la hilera, una casa, que fue alcanzada por una bomba incendiaria, parece una concha destripada y tiznada de hollín. La elegante arcada que recorre toda la edificación por delante de las puertas de las casas y que sirve de porche comunitario está muy deteriorada, al igual que las enormes columnas dóricas que sujetan el principal atractivo del inmueble, su rasgo distintivo: un frontispicio en el que se enmarcan las estatuas de unas figuras clásicas inmersas en distintas actividades prácticas y artísticas. Dos de ellas han perdido la cabeza, y a una le falta un brazo. La diosa que originalmente se hallaba en la cima del frontispicio, sujetando un globo terráqueo, ha sido retirada por constituir un peligro potencial para la gente que pasa por abajo, pues podría derrumbarse de repente como consecuencia de una explosión; en cuanto a las barandillas de hierro forjado, elegantemente pintadas de negro y oro, que solían separar la vía de servicio y sus

arbustos del Círculo Exterior¹ del parque, las cortaron hace ya mucho tiempo para fabricar municiones.

Durante la guerra, solo una casa, el número 13, ha estado ocupada de manera permanente por su propietario, el señor H. G. Wells. En la época de los intensos bombardeos de 1940 y 1941, solían tomarle el pelo afirmando que tal vez el número de su casa le diera mala suerte; él, coherente con el desprecio que manifestó por la superstición a lo largo de toda su vida, reaccionó pintando un número 13 aún más grande encima de la puerta principal. Se negó obstinadamente a abandonar el país, diciendo que Hitler (o, si estaba en compañía de varones, «ese cabrón de Hitler») no lo haría salir corriendo, y se quedó en Hanover Terrace mientras, uno tras otro, sus vecinos se escabullían rumbo a refugios rurales, mucho más seguros, dejando que sus casas fueran ocupadas por subarrendatarios o se quedaran vacías.

Mientras tuvo la capacidad física de hacerlo, H. G. no abandonó su costumbre de ponerse un casco y subir al tejado de Hanover Terrace para contemplar los incendios, movido en parte por cierto sentido del deber patriótico y en parte por su consideración para con la alfombra de Aubusson que tenía en la sala de estar. También le proporcionaba una sombría satisfacción observar desde una posición privilegiada, por decirlo de algún modo, el cumplimiento de la profecía que había hecho mucho tiempo atrás, en 1908, en su novela *La guerra en el aire*: que las batallas del futuro estarían dominadas por las fuerzas aéreas y que implicarían la destrucción de ciudades y la masacre de la población civil por medio de bombardeos indiscriminados. Desde luego, se había equivocado al imaginar que esta estrategia se llevaría a cabo con aeronaves gigantes, del tamaño de transatlánticos, en vez de con aviones, pero, teniendo en cuenta el estado de la ingeniería aeronáutica en 1908, su suposición no había sido absurda en absoluto y, desde luego, tampoco lo pareció cuando, unos años más tarde, los zeplines alemanes surcaron el cielo nocturno sobre Inglaterra. La editorial Penguin

1. El Regent's Park tiene un Outer Circle (Círculo Exterior), que marca el perímetro del parque, y un Inner Circle (Círculo Interior), que rodea la zona donde están los jardines más cuidados. (*Todas las notas son del traductor.*)

consideró que *La guerra en el aire* seguía siendo lo bastante relevante, en relación con la guerra en la que el mundo estaba inmerso, para reeditarlo en 1941, con un breve prólogo del propio autor; el texto concluía con un epitafio que este deseaba que se grabara en su lápida: «Os lo dije, *malditos* imbéciles».

Ahora ya no puede subir a contemplar los incendios, pero no importa, pues apenas hay ocasión de hacerlo. En la primavera de 1944, casi nunca suenan las sirenas. La inesperada reanudación de los ataques nocturnos alemanes, a comienzos de año, no resultó ser más que una represalia simbólica por los tremendos bombardeos de ciudades alemanas que habían emprendido las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses. Al poco tiempo, dejaron de producirse. Ahora solo de vez en cuando sufren algún ataque fugaz por parte de algún cazabombardero que pasa volando bajo para escapar a la detección del radar, a la luz del día, y es raro que llegue hasta el centro de Londres. La Alemania nazi tiene cuestiones militares más importantes que resolver: ha de intentar resistir como sea al avance de las tropas rusas desde el este y ha de prepararse para rechazar la invasión de la Francia ocupada, que es inminente, como todo el mundo sabe. Londres vuelve a ser un lugar seguro, y uno tras otro, los inquilinos de Hanover Terrace van llegando sigilosamente a reclamar sus casas, bajo la mirada de desprecio de H. G., que ha estado aquí todo el tiempo, ciñéndose a su rutina, escribiendo sus libros, contestando cartas, saliendo a dar su paseo diario: cruzar la calle e internarse en el parque, y visitar el zoo o la rosalada, o bajar por Baker Street hasta el Club Savile, en Brook Street, deteniéndose para echar un vistazo en la librería Smith's, que está de camino.

Últimamente ha renunciado a estas excursiones; incluso la rosalada se encuentra demasiado lejos para él. No se siente bien. No tiene fuerzas. No tiene apetito. Se levanta tarde y se sienta en un sillón que hay en la salita, o en la solana, un balcón acristalado que da a la parte trasera de la casa, con una manta sobre las rodillas, y lee y dormita de forma intermitente. Se despierta, sobresaltado, por el ruido que hace el libro al caer al suelo, o cuando Marjorie, su nuera, que se ha convertido en su secretaria desde que murió su mujer, entra con unas cartas que hace falta contestar, o simplemente para asegurarse de que se encuentra bien.

Por las tardes va a visitarlo su hijo mayor, Gip, el marido de Marjorie, o Anthony, el hijo natural que tuvo con Rebecca West y que nació el primer día de la Primera Guerra Mundial. Es consciente de que estas tres personas entran y salen y lo observan con gestos de preocupación. Desde hace ya algún tiempo, cuenta con una enfermera que pasa la noche en la casa; ahora, su médico, lord Horder, le ha recomendado que contrate también a una enfermera de día. Se pregunta si se está muriendo.

Una noche de abril, Anthony West llama por teléfono a su madre. Ella está en su casa, en Ibstone House, la única ala superviviente de una mansión de la época de la Regencia, con su propia granja adosada y situada en el campo, cerca de High Wycombe. Allí vive Rebecca con su marido, Henry Andrews, un banquero y economista que ahora trabaja en el Ministerio de la Guerra Económica.

—Me temo que tengo malas noticias —dice Anthony—. Horder nos ha dicho que H. G. tiene cáncer de hígado.

—¡Ay, Dios! —dice Rebecca—. ¡Qué horror! ¿Él lo sabe?

—Todavía no.

—No irás a decírselo, ¿verdad?

—Bueno, lo he estado hablando con Gip. Pensamos que deberíamos decírselo.

—Pero ¿por qué?

—H. G. siempre ha creído que hay que enfrentarse a los hechos. No le tiene miedo a la muerte. Lo ha dicho muchas veces.

—Una cosa es decirlo...

—No creo que debamos discutir esto por teléfono, Rac —dice Anthony, empleando el apodo que adquirió ella cuando se casó con Henry y empezaron a llamarse «Ric» y «Rac», como los dos perros protagonistas de unos cómics franceses—. Me habría gustado ir y decírtelo en persona.

—¿Porque te sientes fatal?

—Porque pensaba que *tú* te sentirías fatal.

—Bueno, claro que me siento fatal —dice Rebecca, refrenándose ligeramente. Sus conversaciones solían estar salpicadas de pequeñas acu-

saciones y refutaciones, implícitas o inferidas, que con frecuencia crecían y se volvían más punzantes.

—Ahora mismo no puedo ir a Ibstone —dice Anthony—. Andamos cortos de personal en el Lejano Oriente, y estoy muy ocupado.

Anthony trabaja como redactor en la sección de la BBC que se ocupa del Lejano Oriente. Entonces pasa a resumir el pronóstico de Horder: quizá haya cierta mejoría, pero lo más probable es que a H.G. le quede un año de vida como máximo. Vuelven a discutir sobre si habría que decirselo o no, y al final Rebecca cuelga el teléfono muy irritada. Se mete en su estudio y escribe en su diario una entrada que concluye así: «Mi principal preocupación es que esta noticia suponga un golpe demasiado duro para Anthony. Yo he hecho las paces con H.G. No he olvidado las cosas tan crueles que me hizo, pero nuestro cariño mutuo es auténtico y sigue vivo». Escribe su diario con un ojo puesto en sus futuros biógrafos, que sacarán citas de él.

Anthony llama por teléfono a Jean, una morena joven y guapa de pechos sublimes que trabaja de secretaria en Bush House² y con la que mantiene una apasionada aventura, y le cuenta la noticia. Ella se muestra comprensiva, pero no logra penetrar del todo en el estado anímico de Anthony porque no conoce a H.G., y él no puede presentársela, ni a su padre ni al resto de la familia, porque está casado con Kitty, que lleva la granja y cuida de sus dos hijos mientras él trabaja en la BBC, y Kitty, por el momento, no está al tanto de la existencia de Jean. Cuando está en Londres, Anthony se aloja en un apartamento situado en la esquina del jardín trasero del número 13 de Hanover Terrace, construido en el antiguo establo. En la familia, este apartamento se conoce con el nombre de «la casa del señor Mumford», por un antiguo inquilino que se marchó hace tiempo y que probablemente ya haya fallecido.

—¿Ya le has contado a tu esposa lo nuestro? —le pregunta Jean a Anthony, bajando la voz para que su compañera de piso, Phyllis, no la oiga. Su aventura se consuma principalmente en este piso, situado, de un modo de lo más conveniente, cerca de Bush House, durante los

2. Edificio donde se encontraba por aquel entonces la sede de la sección internacional de la BBC.

ratos que consiguen arañarle al día cuando ambos están libres y Phyllis se encuentra en el trabajo.

—Todavía no.

—¿Cuándo se lo vas a contar?

—Tengo que esperar al momento adecuado.

—Nunca va a haber un momento adecuado. Tienes que contárselo y ya está.

—Ahora no puedo. Estamos tratando de asimilar lo de H. G.

—Bueno...

—Te quiero, Jean.

—Yo también. Pero detesto tener que estar escondiéndonos.

—Ya lo sé, pero debes tener paciencia, cariño —dice él.

Unos días más tarde, Marjorie llama a Rebecca y le pide que vaya a ver a H. G.

—¿Crees que le va a parecer bien? —pregunta Rebecca.

Las heridas resultantes de su separación en 1923 o 1924 (ninguno tuvo nunca claro cuándo fue definitivo), tras una relación apasionada y tormentosa que se había prolongado a lo largo de una década, ya han cicatrizado, y los dos mantienen una relación cordial desde hace unos cuantos años, pero saber que él sufre de una enfermedad que puede ser mortal convierte una visita en una situación potencialmente estresante.

—Dice que le gustaría verte —dice Marjorie.

—En ese caso, iré —dice Rebecca—. ¿Sabe lo de su...?

—Sí —dice Marjorie.

Rebecca lleva consigo un cesto con huevos y mantequilla y queso de la granja de Ibstone House, un gesto de generosidad que el ama de llaves acoge muy agradecida.

—El señor Wells ya no tolera los huevos deshidratados, se los prepare como se los prepare —dice—. Pero a lo mejor un huevo fresco pasado por agua sí que lo tienta.

H. G. ha pasado mala noche y, cuando llega Rebecca, todavía no está listo para verla, así que la llevan al gran salón del primer piso para que espere. A ella nunca le ha gustado esa casa: es muy elegante, pero

fría y más bien sombría, con sus oscuros suelos de parqué barnizado y sus paredes beis, y está amueblada con un buen gusto un tanto impersonal, como si se tratara de un hotel caro. Hay una alfombra de Aubusson en la sala de estar y un caballo de terracota de la dinastía Tang sobre la repisa de la chimenea, pero solo son muestras de la riqueza del dueño, no de su personalidad. H. G. nunca tuvo mucho gusto para los elementos visuales, reflexiona Rebecca. Estaba obsesionado con la funcionalidad de la arquitectura doméstica, pero siempre le resultó indiferente la decoración; era un fanático de la fontanería, pero no tenía demasiado criterio para juzgar una obra pictórica. A la casa le falta un toque femenino. Moura Budberg, que era su amante cuando alquiló la casa en 1935, fue muy inteligente al negarse tanto a casarse como a vivir con él, y no ha tenido sucesora. Incluso su estudio —Rebecca le echa un vistazo de camino al cuarto de baño—, con su escritorio de caoba, sobre el que reposan una lámpara de lectura con una pantalla verde y una pesada base en forma de zigurat, un tintero a juego y una almohadilla secante forrada en cuero, podría ser el despacho de un director de banco, salvo por las dos carpetas de papel manila que descansan sobre la bruñida superficie del mueble: están dobladas y arrugadas por el uso, una a cada lado de la almohadilla, y tienen aspecto de contener manuscritos, no cuentas.

En el baño de la planta baja, Rebecca examina su rostro de cincuenta en el espejo, buscando nuevas arrugas, y se peina el pelo encanecido. Se pone un poco más de pintalabios, se empolva la nariz y se retoca las cejas tras humedecerse el dedo, sintiéndose un poco tonta por semejante despliegue de vanidad; pero una siempre quiere tener el mejor aspecto posible al encontrarse con un antiguo amante, por mucho que esté enfermo y al borde de la muerte. Rebecca descubre, divertida, un cuaderno y un lápiz en lo alto de un armario que hay junto al inodoro. H. G. siempre ha tenido la costumbre de dejar cuadernos diseminados por todas las casas en las que ha vivido, para poder anotar cualquier idea que se le ocurriese antes de olvidarla. Le echa un vistazo al cuaderno, pero todas las páginas están en blanco.

La salita a la que la hacen pasar cuando H. G. ya está listo es más acogedora que el salón, pero él se halla preocupado y deprimido, con

la moral muy baja. Lo encuentra tirado en un sillón, junto a un fuego más bien lánguido. Lleva los pies bien protegidos, con unas pantuflas del 38 que asoman por debajo de la manta que le cubre las piernas. Anthony y Gip le han dicho que tiene cáncer, pero no cuál es el pronóstico.

—Quiero saber cuánto me queda —afirma con voz quejumbrosa—, pero no me lo dicen. Ni siquiera Horder.

—Eso es porque no lo saben. Puede que vivas años, Jaguar.

Mucho tiempo atrás, cuando eran amantes, se llamaban «Pantera» y «Jaguar» al acostarse y al escribirse cartas, y ella piensa que a él le agrada escuchar ese nombre, pero, para su consternación, H. G. se disgusta todavía más. Una lágrima le gotea desde un ojo, baja por su mejilla y se pierde en las raíces del bigote, ahora canoso y un tanto ralo, con el que cuando estaba en la flor de la vida solía cosquillear las partes íntimas de la anatomía de Rebecca.

—No me quiero morir, Pantera —dice.

—Nadie quiere.

—Ya lo sé..., pero tenemos que hacerlo. Por supuesto, hay que hacerlo. Me avergüenzo de mí mismo. —Se incorpora en su asiento, sonríe, estira un brazo y le aprieta la mano—. Gracias por venir a verme.

—Te he traído unos huevos de la granja.

—Eres muy amable —dice él—. Bueno, ¿cómo estás? ¿Estás escribiendo?

—Solo textos periodísticos. No puedo concentrarme en nada más enjundioso con esta guerra que no se acaba nunca...

—Pero lograste terminar *Cordero negro, halcón gris* a pesar de los bombardeos.

—Tenía que hacerlo, pero me quedé agotada. ¿Y tú, Jaguar?

—Bueno, voy emborronando páginas. Tengo un par de cosas en marcha, pero no estoy seguro de que vaya a poder terminarlas. De todas maneras, ya no le intereso a nadie.

—Qué tontería —dice Rebecca, cumpliendo con su deber.

H. G. le pregunta por Henry.

—Está trabajando duro en el ministerio, planificando la reconstrucción para cuando acabe la guerra —dice Rebecca—. Tengo que decir

que es muy reconfortante ver la confianza con que mira el futuro mientras todos los demás nos pasamos el día mordiéndonos las uñas, preocupadísimos por el presente. ¿Qué tal Moura?

—Está en el campo, con Tania.

—¿Ha venido a verte desde...?

—¿Desde que Horder dictó la sentencia de muerte?

—¡No digas eso, Jaguar!

—Le pedí a Gip que mantuviera a Moura al margen por el momento. Ella tampoco se encuentra muy bien últimamente, y se ha ido a casa de Tania para descansar un poco y tratar de recuperarse. No quiero molestarla si no es necesario.

—Entiendo.

Rebecca sopesa esta información. No sabe si debe sentirse halagada o utilizada ante el hecho de que la hayan llamado a ella para consolar al afectado H. G. antes que a su amante, si es que Moura todavía lo es. La naturaleza de su relación siempre ha sido un enigma, para H. G. en la misma medida que para los demás, según él mismo afirma.

—La verdad —dice—, me daba miedo que, si se enteraba de que me estoy muriendo, se presentara aquí con ese carácter ruso que tiene, como un personaje de Gorki, y que se pusiera sentimental con el brandy y me dejara todavía más deprimido de lo que ya estoy.

—Te entiendo muy bien —dice Rebecca, sonriendo.

Es cierto que Moura, la baronesa Budberg, parece un personaje sacado de una novela rusa. Siempre cuenta historias melodramáticas y difíciles de creer, llenas de amores trágicos y todo tipo de aventuras: que tuvo que ir de Rusia a Estonia caminando sobre el hielo en la época de la Revolución para reunirse con su primer marido y sus hijos; que él fue asesinado en su finca y después ella se casó con el barón para conseguir un pasaporte estonio, haciéndose cargo, a cambio, de sus deudas del juego, y que se divorció de él poco después; que fue amante del agente secreto británico Robert Bruce Lockhart, y que ambos fueron sospechosos de formar parte del complot de 1918 para asesinar a Lenin, pero que consiguió la protección de Maxim Gorki cuando este la contrató como secretaria. Rebecca sabe que este último detalle es cierto, ya que H. G. se hospedó en casa de Gorki cuando viajó a Rusia en 1920.

A su vuelta, le confesó que se había acostado con Moura, que vivía en aquel apartamento de Petrogrado, y aquello provocó una de sus peleas más fuertes. Años después de que su relación terminara y Jane, su esposa, muriera, H. G. volvió a encontrarse con Moura, decidió que era el amor de su vida, la ayudó a instalarse en Inglaterra e intentó en vano convencerla para que se casara con él. Anthony, que siente una gran simpatía por Moura y que aprueba su relación con H. G., cree, sin embargo, que ella es una espía soviética, sospecha que mucha otra gente comparte. Rebecca no sabe qué pensar al respecto: aunque Moura tal vez fuera una Mata Hari en otros tiempos, es difícil ver en ese papel a la señora de cincuenta años ligeramente desaliñada que es hoy en día. De todos modos, Rebecca, que siempre se muestra muy crítica con la Rusia soviética, intenta mantenerse a una distancia prudencial de Moura.

Estos pensamientos y recuerdos cruzan la mente de Rebecca mientras charla con H. G. sobre temas ligeros y neutros, hasta que se da cuenta de que él tiene los ojos casi cerrados.

—No quiero cansarte —le dice—. Me voy a marchar.

Se levanta, se agacha y le da un beso en la mejilla. Ya no es tan suave y rolliza como en tiempos, pero la piel todavía le huele, de un modo sutil y agradable, a nueces, como cuando se hicieron amantes. En una ocasión, Somerset Maugham le preguntó, con una sonrisa que casi parecía una mueca desdeñosa, cuál era el secreto del atractivo sexual de H. G.: un hombre que la doblaba en edad, no especialmente guapo, de solo metro sesenta y cinco de altura y más bien regordete. «Oía a nueces —contestó ella—, y retozaba como un animalito.»

Cuando se dispone a marcharse de la casa, sonriendo ante el recuerdo de aquel comentario, Rebecca se encuentra en el vestíbulo con Gip, que acaba de llegar, y su sonrisa se desdibuja. Lo regaña porque Anthony y él le han dado un disgusto a su padre al contarle que se está muriendo.

—No dejaba de hacer preguntas —dice Gip—. No me gusta mentirle. A Frank y a mí nos educó para que dijéramos la verdad. Esa es la base de la ciencia.

Gip es profesor adjunto de Biología Marina en la University College de Londres.

Se miran fríamente y con mutuo desagrado. Rebecca casi siente náuseas cada vez que lo ve, por lo mucho que se parece a su madre, la menuda, delicada y discreta Jane, que vivió aferrada a su marido a pesar de las numerosas infidelidades de este y que le inspiró un inquebrantable sentimiento de lealtad. Por mucho que lo intentó, Rebecca nunca logró convencer a H.G. de que se divorciara de Jane. Desde luego, a él le venía muy bien tener a una esposa que se preocupara por que él disfrutase de todas las comodidades y recibiera en casa a sus amigos y le pasara a máquina sus manuscritos y le llevara las cuentas mientras él se marchaba cuando le daba la gana y se acostaba con quien le apetecía, pero ninguna mujer que tuviese un poco de amor propio habría tolerado una situación semejante. Rebecca nunca dudó de que, si Jane le hubiera dicho a H.G. que tenía que elegir a una de las dos, él se habría divorciado y se habría casado con ella. Y ella habría sido la cónyuge perfecta para él: estaba a su altura en el plano intelectual y se habrían ahorrado mucho sufrimiento, a ellos mismos y al propio Anthony.

—Anthony también estaba de acuerdo con que se lo dijéramos... —dice Gip.

—Ya lo sé —dice Rebecca—. Pero creo que se arrepiente de haberlo hecho. Cuando hablo con él por teléfono, lo noto muy alterado.

—Bueno, está disgustado, como es lógico —dice Gip—. Anthony está muy unido a H.G.

—Anthony tiene un complejo de Edipo invertido... —estalla Rebecca—. Quiere matar a su madre y casarse con su padre desde que descubrió de quién era hijo. Como tuve que criarlo yo, fue a mí a quien echó la culpa por mandarlo a un internado, donde lo marginaban y se burlaban de él y lo pasó fatal, mientras que H.G. siempre fue como un tío encantador y venerado que aparecía de vez en cuando en su automóvil, cargado de regalos, y se lo llevaba al teatro y a restaurantes.

—Sí, bueno... —dice Gip—. Anthony debió de pasarlo muy mal.

—¡La que lo pasó mal fui yo! —exclama Rebecca, casi gritando.

A solas en la salita, H.G. se queda con la mirada fija en el fuego, preguntándose qué dirá el mundo de él cuando muera. Los obituarios, por

supuesto, ya están escritos. Teniendo en cuenta su edad y su eminencia, deben de llevar años en los archivos de los periódicos, y los deben de revisar y actualizar periódicamente, de forma que estén listos para publicarse en cuanto llegue el momento. El momento ha llegado bastante antes de lo que esperaba cuando, en 1935, escribió un «auto-obituario» humorístico para un programa de radio de la BBC. Se publicó en el *Listener* y después apareció en diversos periódicos de todo el mundo. «El nombre de H. G. Wells, que falleció ayer por la tarde de un ataque al corazón en el Hospital de Paddington a los noventa y siete años, no dirá mucho a las generaciones más jóvenes —comenzaba—. Pero aquellos que ya eran adultos en las primeras décadas del siglo actual, que guardan memoria de esos años y que compartieron las variadas lecturas propias de la época quizá recuerden algunos de los títulos de sus libros, e incluso puedan encontrar en el desván uno o dos ejemplares de sus obras. Sin duda, fue uno de los más prolíficos “escritorzuelos literarios” de su tiempo...» Se imaginaba a sí mismo a comienzos de los años sesenta, «encorvado, andrajoso, descuidado y, últimamente, un tanto obeso», cojeando por los jardines de Regent’s Park con un bastón y hablando solo. «Algún día», se lo oía decir, “escribiré un libro, un libro de verdad”.» Este texto se concibió como un *jeu d’esprit*, un encantador ejercicio de burla de uno mismo, y así se leyó en general. Pero hoy en día no parece demasiado equivocado.

Desde luego, los obituarios reales, que aparecerán a su debido tiempo, serán largos y respetuosos, y rendirán homenaje a sus múltiples logros, sus ciento y pico libros, sus miles de artículos, la originalidad de sus primeras novelas científicas como *La máquina del tiempo* o *La guerra de los mundos*, la polémica generada por su visión de las relaciones sexuales en novelas como *Ann Veronica* (las anomalías de su propia vida sexual quedarían discretamente ocultas), el cálido humor, al estilo de Dickens, de novelas como *Kipps* o *La historia del señor Polly*, la impresionante exactitud de muchas de sus predicciones (la inexactitud de muchas otras se dejaría de lado con gran tacto), el éxito global de su *Esquema de la historia universal*, los escritos periodísticos que produjo durante dos guerras mundiales y que tanto levantaron la moral del país, sus tratos con importantes hombres de Estado, su presidencia del PEN

Club Internacional, su incansable lucha a favor de la ciencia, de la educación, de la erradicación de la pobreza, de la paz, de los derechos humanos, de un Gobierno Mundial... Sí, hay muchas cosas sobre las que pueden escribir. Pero habrá un inevitable *decrecendo* en los elogios, una sensación de anticlímax, una superficialidad y un hastío claramente perceptibles en la crónica de los últimos veinticinco años, además de que se sobrentenderá que publicó demasiados libros en dicho periodo, y de una calidad cada vez menor. Todo el énfasis se pondrá en la primera mitad de su vida; digamos que hasta el año 1920. Esa es la fecha en que acabó su influencia, según escribió George Orwell en un artículo que apareció en la revista *Horizon* hace unos años: «La gente pensante que nació en el cambio de siglo es, en cierto sentido, una creación de Wells (...). Dudo que nadie que se dedicara a escribir libros entre 1900 y 1920, al menos en inglés, tuviera tanta influencia como él en los jóvenes». Recuerda estas palabras sin ninguna dificultad, pues ha releído muchas veces dicho artículo, «Wells, Hitler y el Estado mundial», como quien se toquetea una antigua herida que no ha dejado de doler.

—Pero ese es un logro bastante impresionante, ¿no? El haber creado toda una generación de gente pensante...

En los últimos tiempos, oye esta voz con frecuencia, pero, cuando mira a su alrededor, se da cuenta de que no hay nadie más en la habitación, de modo que debe de estar en su cabeza. A veces la voz es cordial, a veces desafiante, a veces inquisitiva pero neutra. Expresa cosas que él ha olvidado o reprimido, cosas que se alegra de recordar y cosas de las que preferiría no volver a oír hablar, cosas que sabe que dicen a sus espaldas y cosas que probablemente dirán de él en el futuro, cuando ya haya muerto, en biografías y memorias y tal vez incluso en novelas.

—Desde luego, es algo de lo que sentirse orgulloso, ¿no?

—No por la forma en que lo planteó Orwell. Dijo que lo que me hacía parecer un profeta inspirado en la época eduardiana ahora me convertiría en un pensador superficial y deficiente. Dijo que desde 1920 había estado malgastando mi talento matando dragones de papel.

—**Y también afirmó, si no recuerdo mal: «Pero no es poca cosa, a fin de cuentas, tener un talento que malgastar».**

—Eso no fue más que una pequeña concesión, un intento de sacar el aguijón al final. Probablemente lo añadiese en el momento de corregir las pruebas, cuando recordó que Eileen nos había invitado a Inez y a mí a cenar.

Había conocido a Orwell por medio de la novelista Inez Holden, que en aquel momento —1941— tenía alquilada la casa del señor Mumford. Unos días antes de la cena, le dio el último número de *Horizon*, donde estaba el ensayo sobre él, diciéndole:

—Creo que deberías leerlo antes del sábado, H. G., porque George dará por hecho que lo has visto. No te lo tomes a mal. De verdad que te admira.

El artículo lo había disgustado. Empezaba atacando sus primeros trabajos periodísticos, realizados durante la guerra. Desde luego, se había mostrado imprudente al sostener que el ejército alemán estaba acabado justo antes de que empezara a devastar Rusia, pero lo que realmente le dolía era la afirmación de que «muchas de las cosas que Wells ha imaginado, y por las que ha trabajado, se encuentran allí, en la Alemania nazi. El orden, la planificación, la promoción de la ciencia por parte del Estado, el acero, el hormigón, los aeroplanos. Todo eso está allí».

—**Y es cierto que allí tienen todas esas cosas, ¿no?**

—Sí, pero con un propósito completamente distinto. Es como una parodia de lo que yo defendí e intenté propiciar, como ya le dije en esa cena.

Se había llevado la *Horizon* consigo para rebatir el artículo y, en cuanto llegó, vio que Orwell tenía a mano otro ejemplar; evidentemente, estaba preparado para un duelo. Se sentaron a la mesa frente a frente y fue comentándole el texto a Orwell párrafo por párrafo, mientras Inez y Eileen los escuchaban, nerviosas, y el otro invitado, William Empson, se emborrachaba. Al final de la noche la cosa quedó más o menos en empate, pero poco después, en una charla por la radio,

Orwell dijo que H. G. Wells pensaba que la ciencia salvaría el mundo, cuando era mucho más probable que fuera la causa de su destrucción. Enfurecido por este segundo asalto, H. G. le envió una nota a Orwell a través de la BBC: «Yo no digo eso en absoluto, pedazo de mierda. Lee mis primeras obras».

—¿Como por ejemplo?

—Como *La isla del doctor Moreau*. Como *Cuando el dormido despierte*. Como *La guerra de los mundos*. No es la ciencia lo que salva a la Tierra de los marcianos. Es la suerte de que estos no son inmunes a las bacterias infecciosas terrestres.

—**Pero en otros libros afirmas que emplear la ciencia puede salvar el mundo.**

—Emplearla, sí. El progreso siempre depende de un empleo benigno de la ciencia. Pero nuestros intelectuales literatos nunca han tenido ninguna fe en esa posibilidad. Eliot, por ejemplo, que se encuentra en el polo opuesto a Orwell en todo lo demás, está de acuerdo con él a este respecto.

—**T. S. Eliot te elogió bastante en ese artículo que salió en la *New English Review*.**

—Pero el tono general era condescendiente, y terminaba diciendo: «El señor Wells, al haber apostado todo su dinero al futuro cercano, camina muy cerca del abismo de la desesperanza». Los cristianos como Eliot nunca han esperado de la humanidad nada mejor que bombardeos y campos de concentración, porque creen en el pecado original. Por lo tanto, pueden quedarse contemplando tranquilamente el fin de la civilización, con los pies encima de la mesa, mientras esperan el Segundo Advenimiento.

—¿Por qué te irrita tanto esa gente?

Mira fijamente el centro del fuego, que brilla débilmente bajo una capa de ceniza gris blancuzco.

—Porque temo que tengan razón. Es cierto que me hallo muy cerca de la desesperanza.

* * *

—Ya está el viejo mascullando otra vez —le dice la enfermera de día a la enfermera de noche cuando esta empieza su turno.

—¿Sobre qué?

—Ni idea —dice la enfermera de día—. Solo entiendo alguna que otra palabra de vez en cuando. Una de las que más repite es *obituario*.

—**¿Sigues dándole vueltas a lo de tus obituarios?**

—Creo que a los ateos que padecen una enfermedad terminal se les debería permitir leer sus obituarios. De un modo confidencial, por supuesto, y sin derecho a respuesta, salvo quizá para corregir datos o hechos objetivos.

—**¿Por qué solo a los ateos?**

—Bueno, si crees en la vida después de la muerte, uno de los mayores anhelos debe de ser descubrir qué pensaban realmente de ti tus contemporáneos, escuchar ciertas conversaciones a escondidas, como un fantasma, leer tus obituarios por encima del hombro de la gente... Salvo que los periódicos lleguen al cielo. O al otro lado. Mientras que nosotros nunca lo sabremos. Es muy frustrante.

—**¿Qué es lo que te gustaría saber? ¿Si te consideran un gran escritor?**

—No, por Dios. Abandoné esa ambición hace mucho tiempo. Eso es para Henry James y gente así. Destruí el concepto de grandeza literaria en *Boon*, ¿te acuerdas? «Descenso de la producción de Grandeza debido a la excesiva cantidad de nuevos escritores y al aumento del público lector, que habrá de reducirse creando títulos nobiliarios hereditarios para Novelistas, Poetas y Filósofos (...). Se les otorgará el Premio Nobel por orden de antigüedad...»

—**¿Y, entonces, qué? ¿Un gran pensador? ¿Un gran visionario? ¿Un gran hombre?**

—No soy un «gran» nada. El concepto de grandeza es una trampa mortal del Romanticismo decimonónico. Conduce al surgimiento de tiranos como Hitler. Debemos valorar lo colectivo más que lo individual, trabajar para la Inteligencia de la Raza Humana, no intentar imponerle nuestra voluntad personal. Esto es algo que llevo diciendo los

últimos treinta años, pero nadie me ha tomado en serio. De lo contrario, no nos habríamos metido en el lío en que nos encontramos ahora, ni estaríamos reduciendo Europa a escombros.

—Es posible que salga algo bueno de la guerra. Esa idea de crear una organización de las Naciones Unidas, por ejemplo. Los obituarios deberían reflejar que tú has contribuido a eso.

—Ojalá fuera así. Pero, en cualquier caso, el Gobierno Mundial todavía está muy lejos. Y, si no se produce un cambio en la mentalidad colectiva, esa organización será tan inútil como la Liga de las Naciones.

Poco después de visitar a H. G., Rebecca invita a Anthony a tomar el té en su club de Londres, el Lansdowne. Hace tiempo que no se ven, y el aspecto de su hijo le produce una impresión desfavorable. Tiene treinta años y resulta atractivo, pese a que es corpulento y un tanto entrado en carnes, pero hoy tiene las mejillas más gordas que de costumbre, casi hinchadas, y el pelo, que le cae lacio sobre la frente, pide a gritos un buen lavado y un buen corte. Lleva la ropa arrugada y mugrienta, sin duda porque vive gran parte del tiempo fuera de casa, alejado de los cuidados maternos de Kitty. Cuando empiezan a hablar de H. G. y de si estuvo bien contarle que tiene un cáncer incurable, la forma de hablar de su hijo le resulta melodramática y falsa: hace comentarios ofensivos tratando de que parezcan compasivos. Le coge la mano y le dice:

—No quiero hacerte daño, Rac, es lo último que deseo, pero me parece que no deberías implicarte en el bienestar de H. G. La verdad es que hace mucho tiempo que dejaste de ser el centro de su vida.

—Lo sé perfectamente —dice ella, indignada—. Hice todo lo necesario para dejar de ser el centro de su vida hace veintiún años. ¿A qué viene todo este teatro?

—Solo me refería a que H. G. está mucho más unido a Gip y a Marjorie que a ti —dice él—. Son ellos quienes deben tomar las decisiones que consideren necesarias.

—No tengo por qué fingir que estoy de acuerdo con ellos... —dice Rebecca.

Cuando le pregunta por Kitty y los niños, le da la impresión de que Anthony se pone a la defensiva, como si estuviera ocultando algo. Muy pronto descubrirá de qué se trata.

A mediados de mayo, Rebecca recibe una breve nota de Kitty, diciendo que Anthony le ha pedido el divorcio. «Ha sido totalmente inesperado. El domingo pasado, después de cenar, cuando los niños se durmieron, me dijo que había conocido a una mujer en la BBC y que quería casarse con ella. “Es una lástima, mi amor, porque ya estás casado conmigo”, le dije. Pensaba que estaba de broma, pero no.»

Rebecca se siente consternada y furiosa. Aprecia y admira a Kitty, que es una pintora talentosa y una mujer muy bella; Anthony la rondó y conquistó de una forma de lo más romántica en 1936, pidiéndole que se casara con él en su segunda cita e insistiendo en las siguientes hasta que ella se rindió. A Rebecca, en aquel momento, le pareció un gesto impulsivo y soñador típico de Anthony, pero, por una vez, la cosa salió bien. Kitty, que era más mayor y considerablemente más madura que él, lo convenció para que renunciara a su deseo de convertirse en pintor, ya que nunca sería realmente bueno; le aconsejó que se dedicara a la escritura, como sus padres, y, aunque todavía no ha creado nada importante, ha mostrado cierto talento reseñando novelas para el *New Statesman*. Anthony y Kitty siempre han parecido felices juntos, sobre todo desde que él resolvió el conflicto, provocado por la guerra, entre sus principios pacifistas y su rechazo a dar la impresión de que eludía su deber patriótico. Se hizo granjero especializado en lácteos, una ocupación apartada del mundo. Se adaptó muy bien, al igual que Kitty, pero hace alrededor de un año aceptó una oferta de empleo a tiempo parcial en la BBC, pues le pareció una colaboración más digna con el esfuerzo bélico que estaba realizando el país; aquello propició el estúpido encajamiento que hoy lo aqueja.

—¿Quién es esa mujer? —le pregunta Rebecca a Anthony por teléfono, pero él se niega a decírselo—. Quiero conocerla —dice Rebecca.

—Pues no puedes —responde él—. Esto no tiene nada que ver contigo, Rac. Es algo entre Kitty y yo.

—¿Cómo puedes siquiera pensar en abandonar a esos dos niños maravillosos? —dice Rebecca, refiriéndose a Caroline, de dos años y medio, y a Edmund, de uno, a los que adora.

—Bueno, tú quisiste que H. G. abandonara a sus hijos, ¿no? —le contesta Anthony.

Rebecca cuelga el teléfono de golpe, hecha una furia, y después se arrepiente, porque tenía más preguntas que hacerle. Por ejemplo, ¿está H. G. enterado de esta última locura de su hijo natural?

H. G. está enterado, desde luego, porque Anthony se la cuenta, y recibe una severa reprimenda sobre los males del divorcio que lo coge por sorpresa.

—Pero tú te divorciaste de tu primera mujer —señala— y fuiste feliz con la segunda, me parece.

—Eso no tiene nada que ver —le dice su padre, y su voz se eleva hasta convertirse en un chillido agudo, como le pasa siempre que se pone nervioso—. Isabel y yo no teníamos hijos.

—Kitty y yo nos repartiremos el tiempo para que los dos podamos estar con los niños —dice Anthony—. No es nada vengativa. La verdad es que se ha mostrado muy razonable con todo este asunto.

—Es más de lo que te mereces —le dice H. G.—. Eres un idiota. No te entiendo. Nunca te he entendido.

—Me he enamorado —dice Anthony. H. G. suelta un bufido de desdén—. Precisamente tú, de entre todos los hombres, deberías entenderme —añade Anthony.

H. G. se queda en silencio y, al mirarlo, Anthony se da cuenta de que tiene los ojos cerrados. No hay forma de saber si está dormido o finge estarlo, pero no se mueve cuando Anthony le coloca bien la manta, para que le tape los pies, y sale de la habitación sintiéndose muy desdichado. Se encuentra con la enfermera de noche en la cocina, charlando con el ama de llaves, y le dice que va a regresar a la casa del señor Mumford.

* * *